

Las **parábolas** del **Reino**

como criterio de discernimiento



REGNUM
CHRISTI

¡Venga tu Reino!



Autora:
Tais Gea - Consagrada del Regnum Christi
Edición y revisión:
Área de Vida y Misión de la Dirección General del Regnum Christi

Índice

Introducción	5
El decálogo de las parábolas	8
El sentido de las parábolas	10
Las parábolas como criterios de discernimiento	14
1. La dualidad temporal: <i>Parábola del trigo y la cizaña</i>	16
2. Potencialidad del grano bueno y crecimiento desproporcionado: <i>Parábola del grano de mostaza</i>	19
3. Lo oculto: <i>Parábola de la levadura</i>	22
4. Dinámica del hallazgo del Reino: <i>Parábola del tesoro y la perla</i>	24
Conclusión	28

Introducción

Como miembros del Regnum Christi estamos llamados a hacer presente el misterio de Cristo quien anuncia la llegada del Reino de Dios y las consecuencias que esto conlleva en la vida de las personas que acogen su mensaje. Este anuncio va acompañado de una implicación de cambio de vida. «Conviértanse, porque el Reino de los Cielos ha llegado» (Mt 4, 17). El evangelista Mateo, al hablar de conversión, utiliza el verbo griego μετανοέω (metanoia) con todo lo que este vocablo teológico conlleva. La acogida del Reino implica un cambio de corazón y de mente abandonando comportamientos y disposiciones anteriores. Este cambio o transformación da como resultado una nueva manera de ser, un nuevo comportamiento, e implica un arrepentimiento del comportamiento y las disposiciones que se tenían antes.

Nosotros, miembros del Regnum Christi, estamos también invitados a realizar este cambio de vida y de mentalidad. La llegada del Reino en nuestra vida nos lo pide. Una vez que entramos en contacto con el misterio de Cristo ya no podemos ser los mismos. Estamos invitados a una conversión de mente y de corazón. Ahora bien, ¿en qué consiste esta conversión? ¿cómo podemos conocer las implicaciones de este cambio de vida? La respuesta la tenemos en el Evangelio y en concreto en el anuncio del Reino realizado por Jesús, especialmente en sus enseñanzas.

El mensaje del Reino es amplio. La presentación de sus implicaciones y el estilo de vida propuesto por Jesús está contenido en sus discursos, dichos y parábolas, pero sobre todo en su vida. La vida del Maestro es para nosotros una enseñanza. Su mensaje no se reduce a discursos elaborados, sino que es su vida misma la que nos interpela y nos invita a seguirlo y por lo tanto a adherirnos a Él e imitarlo. El Reino de Dios se ha acercado a nosotros en la persona de Jesús de Nazaret, Él es el Reino y nuestra conversión o cambio de mentalidad y corazón debe estar encaminado a ser como Él. Si queremos hacer presente el misterio de Cristo debemos contemplar su manera de ser y de actuar y suplicar al Espíritu Santo la transformación en Él.

Dentro de las enseñanzas de Jesús encontramos algunos discursos, dichos y también parábolas. Este conjunto de enseñanzas de Jesús es para nosotros los cristianos, y especialmente miembros del Regnum Christi, una brújula. Muestran el camino y la dirección para la toma de nuestras decisiones. Vivir según el mensaje evangélico del Reino de Dios es lo que nos permite hacer presente el Reino: al encarnarlo en nuestra vida ese Reino sigue teniendo una presencia y un efecto en el mundo actual.

En este ensayo nos centraremos en la presentación de las parábolas del Reino como criterios para realizar un discernimiento de nuestro estilo de vida cristiana y apostólica a la luz del mensaje del Reino. Queda como tarea pendiente acercarnos al mensaje central del Reino contenido en el llamado “sermón de la montaña” de la tradición mateana (Mt 5 – 7) o “sermón en el llano” de la tradición lucana (Lc 6, 20-49). Sin embargo, las parábolas

del Reino son para nosotros una clave para comprender si nuestra vida y misión se realiza de acuerdo con las exigencias del Reino presentadas y vividas por Jesús.

El decálogo de las parábolas

Jesús utilizó varios recursos para comunicar su mensaje a sus seguidores. Él se adaptó a la cultura y mentalidad de su época y siguió la tradición de sus antepasados judíos, utilizando varios recursos didácticos para hacer más comprensivo su mensaje. Uno de estos recursos fue el de las parábolas.

Las parábolas son narraciones ficticias que parten de realidades cotidianas y fáciles de comprender para los oyentes, como son la siembra, la pesca, los objetos de la casa, los oficios, las celebraciones festivas, etc. Estas narraciones utilizan imágenes cotidianas para explicar una verdad a través de un lenguaje figurado. Este es el modo más característico en que Jesús hablaba.

Las parábolas eran una forma fácil y sencilla de comprender el mensaje de Jesús. Lo era para los oyentes de esa época y lo es también para nosotros. Ahora bien, situados a siglos de distancia desde cuando las parábolas fueron pronunciadas, necesitamos el conocimiento de elementos culturales que quizá parecen lejanos o ajenos a nuestra sociedad o cultura actual. Sin embargo, el mensaje es sencillo y fácil de comprender.

Este mensaje pronunciado por Jesús a través de las parábolas no busca solamente transmitir una enseñanza o una doctrina, sino que invita a una conversión. Las parábolas de Jesús tienen como objetivo alentar y exigir y pretenden que se realice una transformación del oyente. Por eso vamos a ver cómo algunos, aunque “escuchan” las palabras de Jesús, no las “oyen” y no las “entienden”. Escuchar las parábolas implica un cambio de vida. Tienen como consecuencia dejar de vivir como se vivía antes para adherirse a su mensaje y comportarse de acuerdo con el mismo.

Jesús, por tanto, habla en parábolas y nos habla también a nosotros en parábolas. Los evangelios sinópticos recogen varias parábolas pronunciadas por Jesús. Sin embargo, en este ensayo nos centraremos únicamente en aquellas parábolas en las que directamente se habla del Reino de los Cielos. En concreto elegiremos cinco parábolas contenidas en el evangelio de Mateo, capítulo 13.

El evangelista Mateo presenta 10 parábolas del Reino a lo largo de todo su Evangelio: parábola de la cizaña, el grano de mostaza, la levadura, el tesoro, la perla y la red (Mt 13); el siervo inmisericorde (Mt 18, 21-35); los obreros de la viña (Mt 19, 30 – 20, 16); las bodas (Mt 22, 1-14) y las diez vírgenes (Mt 25, 1-13). Estas son llamadas las “diez parábolas del Reino” o el decálogo de las parábolas. El uso del número 10 no es coincidencia. Más bien es un modo simbólico de manifestar la totalidad y la perfección. Si se quiere conocer el Reino en su totalidad es necesario prestar especial atención a estas diez parábolas.

El sentido de las parábolas

«¿Por qué les hablas en parábolas?» (Mt 13, 10). Ante la predicación de Jesús y su estilo característico de hablar en parábolas los discípulos se preguntan por esta manera tan concreta de hablar. Nosotros también podemos preguntarnos, ¿por qué Jesús habla en parábolas? ¿por qué nos comunica su mensaje del Reino de esta manera?

El evangelista Mateo da una explicación en Mt 13, 10-17 de lo cual se hablará más adelante. Pero para poder comprender el motivo por el que Jesús habla en parábolas primero uno se debe situar en el contexto en el que estas son presentadas.

Recorriendo brevemente el Evangelio de Mateo recordamos que Jesús ya ha dado su enseñanza inaugural y central sobre el Reino en el “sermón de la montaña” (Mt 5 - 7), ya ha hecho los primeros milagros (Mt 8 - 9), ya se dan las primeras reacciones de aceptación y también de rechazo del mensaje de Jesús y de su persona (Mt 9, 33-34), ya se llevó a cabo la elección de los doce y recibieron algunas instrucciones para que ellos mismos anuncien el Reino (Mt 10). Sólo después de todos estos eventos Jesús empieza a hablar en parábolas.

Esto nos hace reflexionar en que, para poder comprender y vivir según las parábolas, debemos realizar pasos previos. Primero estamos invitados a conocer al Maestro y dejarnos atraer por su persona y su mensaje pronunciado con autoridad. Después debemos dejarlo actuar en nuestra vida realizando milagros de curación y sanación tanto física como espiritualmente, experimentando de esta manera su poder sobre todas las fuerzas del mal. Y también, antes de comprender y vivir conforme al mensaje de las parábolas, debemos sabernos elegidos de manera personal por Él como los apóstoles.

Este proceso está evidenciado en la parábola del sembrador colocada al inicio del capítulo 13 de Mateo: «Salió un sembrador a sembrar» (Mt 13, 3). En los capítulos 5 al 12 del Evangelio se presenta cómo Jesús ya ha salido a sembrar. Esa semilla cayó en diversos tipos de tierra, pero sólo en algunos terrenos dio fruto. Jesús ha sido aceptado por algunos, pero rechazado por otros. Sólo los que han aceptado su anuncio del Reino y se han dejado tocar por Él, a través de la realización de los milagros en su vida, pueden comprender el mensaje de las parábolas.

Es así como se puede comprender el sentido de las parábolas. Regresamos a la pregunta hecha por los discípulos: «¿Por qué les hablas en parábolas?». La respuesta de Jesús se refiere a la profecía de Isaías 6, 9-10: «les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden» (Mt 13, 13). Por un lado, Jesús presenta a aquellos que tienen ojos y no ven, tienen oídos y no escuchan. Se refiere a aquellos que después del anuncio del Reino lo han rechazado. A pesar de haber visto los milagros y escuchado su mensaje pronunciado con autoridad no han creído en Él y, por lo tanto, no se

han adherido a Él. Ellos no pueden entender las parábolas. Se quedan con su primer sentido literal pero no son capaces de llegar a la profundidad del mensaje comunicado por Jesús.

La referencia a los ojos que no ven y oídos que no escuchan se comprende en el contexto de Antiguo Testamento. Para hablar de la dureza de corazón del pueblo y de su rebeldía, se utiliza esta expresión (Cf. Is 6, 10). Ojos y oídos son signos externos del corazón. El corazón en la mentalidad hebrea es el centro de la persona y el lugar en donde se sitúan las potencias espirituales del hombre. El corazón es la sede de la inteligencia y la razón, es el centro de los proyectos, las opciones decisivas, de la vida moral y religiosa y el asiento de la vida emotiva. De esta manera Jesús está indicando que los que viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden, son los que han endurecido su corazón a su mensaje y no se han querido convertir. Ellos no pueden comprender sus parábolas.

En cambio, Jesús continúa diciendo: «¡Pero dichosos sus ojos, porque ven, y sus oídos, porque oyen!» (Mt 13, 16). Llama dichosos, bienaventurados, a aquellos cuyos ojos pueden ver y sus oídos escuchar. Se refiere a aquellos que se han adherido a Jesús y que por lo tanto recibirán la posibilidad de comprender los misterios del Reino de los Cielos presentados en las parábolas. Ellos han recibido un don de conocimiento en virtud del seguimiento de Jesús. Por tanto, comprender las parábolas no significa sólo un acto del entendimiento, sino que sobre todo significa acoger el Reino que tiene como fruto la dicha o la felicidad.

Este segundo grupo que ve y oye, es presentado más adelante por Mateo como los escribas quienes sacan de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas (cf. Mt 13, 52). El escriba o maestro de la Ley es el experto en las Escrituras que las interpreta y actualiza para el presente. Jesús, por tanto, presenta a los discípulos que han escuchado y comprendido las parábolas como los verdaderos escribas capacitados para leer la escritura (lo antiguo) en su verdadero sentido llevado a plenitud con el mensaje de Jesús (lo nuevo).

Ante la pregunta, ¿por qué les hablas en parábolas?, nosotros, miembros del Regnum Christi, estamos invitados a llevar a cabo una conversión de la mente y el corazón para adherirnos a este mensaje de Jesús que implica un cambio radical de vida. Por eso las parábolas se convierten en criterios de discernimiento. Nos arrojan luz para comprender si estamos siendo como aquellos que tienen ojos y no ven y tienen oídos y no escuchan. O si somos como los discípulos que acogiendo el mensaje del Reino nos adherimos a él y nos convertimos en nuevos escribas que sacamos de nuestro tesoro, es decir, nuestro corazón, cosas nuevas y antiguas.

Preguntas para la reflexión:

En mi vida personal: *¿En qué momento me encuentro en el seguimiento de Jesús y de la interiorización de su mensaje?*

En el apostolado: *¿Cómo se encuentran las personas a las cuales estoy invitado a comunicar la Buena Nueva? ¿Ya se han adherido al mensaje del Reino y por lo tanto van a estar listos para dejarse guiar por las parábolas como criterios de discernimiento o es necesario dar algunos pasos previos?*

Para responder a estas preguntas uno se puede dejar iluminar por la Palabra leyendo la parábola del sembrador en clave de: los que no ven/escuchan-rechazan-endurecimiento del corazón; comprenden-acogen-felicidad (cf. Mt 13, 3-9; Mc 4, 1-9; Lc 8, 4-8).

Las parábolas como criterios de discernimiento

Resumiendo lo que se ha dicho hasta ahora, nosotros, miembros del Regnum Christi, estamos llamados a vivir el misterio del Reino haciéndolo presente en nuestro corazón, en el corazón de los hombres y de la sociedad. Este misterio del Reino implica un estilo de vida que se concreta a la hora de tomar nuestras decisiones personales y apostólicas. Para saber cómo vivir conforme al mensaje del Reino, Jesús nos ha dado sus enseñanzas en discursos y parábolas. Las parábolas nos alientan y nos exigen vivir de una cierta manera para así hacer presente el Reino de Dios en nuestras propias vidas.

A continuación, se presentarán cinco criterios de discernimiento que surgen de la escucha atenta de las parábolas. Estos no son los únicos ni exclusivos criterios de discernimiento que se pueden adquirir de la lectura orante de las parábolas. Son el inicio de una reflexión que se abre para ser enriquecida por todos aquellos miembros del Regnum Christi que se dejen interpelar por esta palabra viva, pronunciada por Cristo y contenida en los Evangelios.

Se invita a cada uno a hacer una lectura orante de los textos del Evangelio en los que se encuentran las parábolas y a escuchar atentamente la voz de Dios que, a través de su Palabra, habla en el propio corazón.



1. La dualidad temporal:

Parábola del trigo y la cizaña (Mt 13, 24-30)

Esta parábola es una narración sobre un hombre que siembra buena semilla en su campo, pero el enemigo, de noche, siembra cizaña entre el trigo. Cuando estas dos semillas crecen y se desarrollan juntas, al percatarse de esta realidad, los siervos del amo le sugieren cortar y recoger la cizaña para que solo quede el trigo. A esto el amo responde con una negativa: «No, no sea que, al recoger la cizaña, arranquen a la vez el trigo. Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega» (Mt 13, 29-30). Una vez llegado el momento de la siega los segadores deberán quemar la cizaña y guardar el trigo en el granero.

La parábola del trigo y la cizaña presenta dos plantas que crecen juntas en el campo. Una de ellas es el trigo, un cereal que da un fruto comestible y que es un alimento básico en la alimentación de los habitantes de Galilea, región en la que Jesús pronuncia su parábola.

En cambio, la cizaña es una planta de granos que crece espontáneamente y la harina de su semilla es venenosa. Es una mala hierba que se parece mucho al trigo y, por lo tanto, es muy difícil distinguir una planta de la otra hasta

que no ha crecido lo suficiente. Se le conoce también como un “falso trigo”. Además de ser venenosa, ocupa parte del suelo dificultando la extensión de las raíces de la planta buena y acaparando la humedad.

La lectura atenta de la parábola nos ayuda a comprender que hay dos etapas del Reino de los Cielos, una presente y otra futura.

La primera etapa, la realización terrena, no es una realidad homogénea. Hay trigo que es bueno y alimenticio, pero también hay cizaña que es mala y venenosa. Es una progresiva realización del Reino que se topa con la presencia y actividad del enemigo.

Esto nos hace ver que el Reino no llega al “modo humano”, es decir, no busca eliminar inmediatamente la maldad que crece junto a la bondad. Es necesario el tiempo para que la buena semilla llegue a su plena maduración asumiendo que en su camino habrá cizaña, es decir, la prueba. Esta contribuirá a que la semilla buena se robustezca y madure hasta la venida del segador.

La segunda etapa inicia cuando se separan las plantas. Esta es imagen del juicio final. Se llevará a cabo un juicio final en el que se separará a los justos de los malvados. En el fondo, los malvados tendrán como destino aquel que ellos mismos eligieron: ser cizaña que engaña y, por lo tanto, envenena.

En nuestra vida personal y apostólica estamos llamados a aceptar la dualidad temporal del Reino. Lo que también llamamos el “ahora, pero todavía no plenamente”. Esto lleva al cristiano a esperar y confiar creyendo en la

acción misteriosa de Dios. Él actúa a su manera y a su tiempo, pero actúa. El “ahora” es distinto del momento “pleno”. Sin embargo, es interesante que se subraye la continuidad. Hay algo “ahora” y el miembro del Regnum Christi tiene que aprender a reconocerlo. Hay trigo, no solo semilla. Ya hay fruto del Reino en esta primera etapa del presente.

Para la reflexión personal y comunitaria:

- *Considerar las dos etapas del Reino y su continuidad (la presente y la futura).*
- *Recordar que en la etapa presente hay trigo (bondad) y hay cizaña (maldad). Y la cizaña no es arrancada sino al final de la siega. Aceptar serenamente esta realidad que se da tanto en el mundo como en el propio corazón.*
- *Mantener el horizonte esperanzador del futuro en el que la cizaña (maldad) será arrojada al fuego y se recogerán los frutos del trigo (bondad).*
- *Ver de qué modo esta parábola habla hoy en lo concreto de mi vida y mi misión.*



2. Potencialidad del grano bueno y crecimiento desproporcionado:

*Parábola del grano de mostaza
(Mt 13, 31-32)*

Esta parábola compara el Reino de los Cielos con un grano de mostaza. Esta semilla mide 1 milímetro de diámetro y 750 semillas pesan 1 gramo. Estrictamente hablando no es la más pequeña de las semillas, pero en la antigüedad se hacía referencia a ella para hablar metafóricamente de la realidad viva más pequeña. La parábola narra cómo un hombre siembra en su campo la más pequeña de las semillas: la mostaza. Crece y se convierte en un árbol que es a su vez hogar de los pájaros.

Como miembros del Regnum Christi esta parábola nos invita a reflexionar en el contraste que presenta Jesús entre la más pequeña de las semillas y un gran árbol. El Reino de los Cielos es presentado como una realidad muy pequeña que se hace muy grande por obra divina. Así también en la vida personal y apostólica de cada uno de nosotros, la semilla del Reino es pequeña y poco per-

ceptible. Sembrar esta semilla implica un gran acto de fe en su potencialidad. Modificar la semilla por parecernos pequeña e incapaz de producir un gran árbol es desvirtuar el mensaje del Reino. La semilla es pequeña, sencilla, diminuta y minúscula, pero está llamada a ser un gran árbol.

Ahora bien, a pesar de que se presenta un contraste entre el inicio (pequeño) y el final (grande), también hay una continuidad. Se puede decir que el final ya estaba en su principio. La semilla contiene todo el potencial para convertirse en un árbol de mostaza. Esta parábola invita a creer en la potencialidad del grano bueno. Es el Reino mismo el que contiene todo el dinamismo para expandirse. Nosotros estamos llamados a sembrar semillas del Reino de Dios, aunque nos parezcan pequeñas. Nos sorprenderemos cuando veamos surgir frutos del Reino en nuestro propio corazón y en el corazón de las personas que reciban la semilla del Reino.

Por último, la parábola describe que este árbol de mostaza que brota de una pequeña semilla se convierte en hogar para que las aves aniden en sus ramas. Esto quiere decir que se tiene un extraordinario crecimiento que redundará en beneficio ajeno: un árbol en donde anidan los pájaros. En la antigüedad se utilizaba la imagen de los árboles para hablar de los diversos reinos. Utilizar un árbol como imagen es referirse al nuevo reino de Dios que es la Iglesia. Sembrar la semilla del Reino tiene como consecuencia la generación de un espacio que se hace hogar, familia, asamblea e Iglesia, en donde los pájaros encuentran lo necesario para su sustento.

Para la reflexión personal y comunitaria:

- *No olvidar que el Reino de los cielos se compara con una realidad muy pequeña (semilla de mostaza o levadura) que tiene un efecto muy grande.*
- *Tomar en consideración que a pesar de que se presenta un contraste entre el inicio (semilla pequeña) y el final (gran árbol) hay una continuidad: el final ya está en el principio.*
- *Reflexionar en que el extraordinario crecimiento redundo en beneficio de otros (un árbol donde anidan los pájaros).*
- *Ver de qué modo esta parábola habla hoy en lo concreto de mi vida y mi misión.*

3. Lo oculto:



Parábola de la levadura (Mt 13, 33)

Unido a la parábola anterior sobre el grano de mostaza, Jesús presenta una parábola similar. Esta vez se compara el Reino de los Cielos con la levadura que se coloca en la harina para fermentar toda la masa. La levadura es un hongo que fermenta los carbohidratos. Casi siempre la levadura tiene un sentido negativo de corrupción. Pero en este caso se presenta su sentido positivo. Se refiere al efecto oculto pero determinante que la levadura tiene sobre la harina haciéndola más grande.

En esta parábola, como en la anterior, se presenta una desproporción. Para poderla comprender es necesario entender a qué se refiere Jesús con las medidas presentadas en la parábola. Se mencionan tres medidas de harina: tres medidas equivalen a 40 kilos y el pan resultante de 50 kilos basta para que coman 150 personas. Jesús utiliza la imagen para mostrar el contraste de manera exagerada: se da una gran cantidad de masa con relación a la pequeñez del agente fermentador.

En esta parábola se presenta una insistencia en la pequeñez de un principio que desemboca en un resultado final aparentemente desproporcionado. Es similar a la parábola del grano de mostaza. Así como la semilla se esconde en la tierra, ahora es la levadura la que se

esconde en la masa y la transforma. Esta es una realidad oculta pero activa. En lo oculto despliega toda su eficacia. Queda oculta a la mirada de los hombres, pero Dios realiza su acción haciendo fermentar la harina. Es Dios el que realiza la misteriosa fermentación que no se ve a los ojos humanos.

Esta parábola recuerda, a todo aquel que quiere que el Reino se haga presente en su vida y en la de los demás, que la acción de la gracia es realizada por Dios en lo oculto. Nos es difícil asumir las consecuencias que se derivan de esta parábola. A veces la acción de la gracia se presenta de manera pequeña, realizando su obra de manera progresiva y escondiéndose a los ojos de los hombres y del mundo. Pero quien asume esta verdad presentada por Jesús y se decide a creer y a confiar, con el pasar del tiempo puede percibir cómo esta realidad oculta, a su tiempo y a su manera, ha fermentado toda la masa.

Para la reflexión personal y comunitaria:

- *Meditar la manera en que el Reino se presenta como algo oculto: la semilla que se esconde en la tierra o la levadura que se esconde en la masa.*
- *Ver cómo la levadura es una realidad oculta pero activa y, por tanto, en lo oculto despliega toda su eficacia.*
- *Ver de qué modo esta parábola habla hoy en lo concreto de mi vida y mi misión*



4. Dinámica del hallazgo del Reino:

*Parábola del tesoro y la perla
(Mt 13, 44-46)*

Por último, se analizarán dos parábolas “gemelas” que se complementan mutuamente: la parábola del tesoro y la parábola de la perla. La primera es una narración ficticia de un tesoro escondido y encontrado que lleva, a quien lo halla, a venderlo todo y comprarlo generando una inmensa alegría. Al hablar de un tesoro, Jesús posiblemente se refiera a vasijas de arcilla con monedas de plata o piedras preciosas que se encontraban con cierta frecuencia escondidas en la tierra por miedo a que pudieran ser robadas. El tesoro simboliza lo que tiene un gran valor, digno de poseer y de buscar. La imagen del tesoro se utilizaba en la antigüedad como símbolo de valor o relevancia.

El texto de Mateo menciona que quien encuentra este tesoro se llena de una gran alegría. En la mayoría de los textos del Nuevo Testamento, la alegría (*χαρά*) es un modo de reaccionar ante el acontecimiento escatológico de la salvación. Se presenta la alegría como fruto de la presencia de Dios en el mundo a través de su Espíritu.

Por tanto, se está hablando de una alegría ante la llegada del Reino de Dios que inaugura el tiempo escatológico y que se cumple en la persona de Jesús.

La segunda parábola es similar. El Reino de los Cielos se compara con una perla fina buscada por un comerciante que lo vende todo para adquirirla. Las perlas, en la antigüedad, eran consideradas como un artículo de lujo. Se piensa que ocupaban el lugar que ahora tienen los diamantes. Cleopatra poseyó una perla valorada en 10 millones de sestercios (200.000 €). César regaló una perla a la madre de Bruto estimada en 6 millones de sestercios (120.000 €).

Estas dos parábolas presentan la dinámica del hallazgo del Reino. El Reino de los Cielos se deja encontrar (tesoro); o se debe buscar (perla). Estas dos realidades –se encuentra y se busca- se complementan. El hallazgo del Reino es un don gratuito que exige la cooperación del hombre para hacerlo suyo. El Reino, que es Jesús, sale al encuentro del hombre, pero el hombre debe aceptar la sed que tiene de ese tesoro/perla para activar el dinamismo de búsqueda. Siendo conscientes de ello podemos, por un lado, hacer encontradizo el Reino de los cielos y, por otro lado, avivar la sed del hombre por este Reino generando así una actitud de búsqueda.

Además, estas parábolas presentan el Reino de los Cielos como algo de un inmenso valor: un tesoro y una perla. El Reino es lo más valioso que poseemos. Tiene un valor en sí mismo y estamos llamados a mostrarlo, para que genere un atractivo hacia las personas que entran en contacto con él.

Ahora bien, en las dos parábolas se muestra que para poder adquirir este objeto de tanto valor hay una condición para adquirirlo. Se requiere un desprendimiento total de todo lo demás: vender todo cuanto uno tiene, se debe dar todo lo que se posee. Sin embargo, este desprendimiento no se considera una pérdida imprudente sino al contrario, es el mejor negocio. Por tanto, para adquirir este bien tan valioso ningún precio parece bastante alto; todo palidece ante el brillo de lo encontrado. Encontrar el Reino genera una alegría que hace que el hombre sea capaz de las mayores renunciaciones y desprendimientos. Esto no se vive como una pérdida, sino que al contrario se considera que la ganancia es superior. De esta manera el Reino exige la renuncia, pero a la vez la posibilita. Se puede decir que el don recibido hace posible la entrega.

Por último, el fruto que genera en la persona que encuentra el tesoro (explícito en el texto) o la perla (implícito en el texto) es el de la alegría o el gozo intenso. Mateo presentará más adelante el relato del joven rico, quien encuentra en Jesús el tesoro y la perla, pero no es capaz de renunciar a todo para seguirlo. La consecuencia es que se aleja de Jesús con tristeza (cf. Mt 19, 22). Por tanto, el Reino de los Cielos se considera un gozo esperado a ser descubierto; un gozo que se ofrece, pero no se impone; es un don plenamente libre.

Para la reflexión personal y comunitaria:

- *Profundizar en la dinámica de encuentro y búsqueda del Reino.*
- *Considerar el Reino como algo de enorme valor (tesoro y perla muy cara).*
- *Reflexionar sobre la condición de venderlo todo para poder poseer el Reino desde la perspectiva de una ganancia y no como una pérdida.*
- *Descubrir el fruto de la alegría y el gozo en el corazón del hombre que vende todo para quedarse con el Reino.*
- *Ver de qué modo esta parábola habla hoy en lo concreto de mi vida y mi misión*

Nota: el análisis de este criterio se puede realizar a la luz del encuentro de Jesús con el joven rico (Mt 19, 16-26).

Conclusión

Para hacer presente el Reino en nuestros corazones y en la sociedad, debemos vivir conforme a las enseñanzas de Jesús contenidas en el Evangelio y expresadas con mucha frecuencia en las parábolas. Dejarnos guiar por el Espíritu de acuerdo con estos criterios de discernimiento hará que nuestra vida personal y nuestro apostolado testimonie la presencia del Reino en el mundo. No solamente porque vivimos acorde a un estilo de vida propuesto, sino que sobre todo porque nos identificamos cada vez más con el mismo modo de ser de Jesús.

De hecho, las parábolas del Reino se han considerado metáforas de la vida de Jesús: vida pública-muerte-resurrección. Él realiza su acción durante su vida terrena (presente) y a su vez apunta a su segunda venida (futuro), tal y como se vio en la parábola del trigo y la cizaña. Él es la buena semilla o la levadura buena que se oculta y desaparece para convertirse en árbol, cuerpo de la Iglesia, y pan que alimenta, la Eucaristía. Él se presenta como un hombre sencillo y de Él brotará una fecundidad asombrosa como se vio en las parábolas de la semilla de mostaza y la levadura. Y, por último, Jesús es aquel que sale al encuentro del hombre mostrando su valor, el amor hasta el extremo, y pide una respuesta de adhesión total como lo hace con el joven rico. Su valor es tan inmenso que vale la pena dejarlo todo y seguirlo, generando en sus discípulos la alegría del seguimiento como se presentó en la parábola del tesoro y la perla.

Por tanto, dejarnos guiar por el mensaje de las parábolas tanto en nuestra vida personal como en el apostolado es hacer presente el Reino, porque es hacer presente a la persona de Cristo en nuestras vidas y en nuestro modo de impactar en la sociedad a través del apostolado.

